

SE LEE  
JUEVES Y DOMINGOS

DIRECTOR-FUNDADOR  
Eloy Perillan Buxó

NÚMERO DEL JUEVES  
15 CÉNTIMOS  
suplemento del domingo  
10 CÉNTIMOS

NÚMEROS ATRASADOS  
a doble precio

SUSCRIPCIONES

En Madrid, 1 mes, 4 reales; 3 meses, 12 reales; 6 meses, 24 reales; 1 año, 48 rs.

DIRECCION

Calle de la Amnistia, 3  
bajo de la derecha.



ÓRGANA POLÍTICA LIBERALA

REMEROTROA  
MUNICIPAL  
MADRID

## DIVERSIONES

Aunque la Corte se fué á la embocadura del Tajo, Madrid sigue divertido, muy divertido, como si no echara de menos ciertas cosas. Es mucho Madrid este Madrid.

La gente política, por ejemplo, se divierte en descifrar una charada. Con qué letra empezará y con qué letra acabará el apellido del Capitán general que han de darnos para las grandes solemnidades. Unos creen que empieza con L.; otros presumen que la inicial será C.; otros tienen motivos para sospechar que la inicial será J. En fin, que hemos apurado todo el alfabeto y la solución no ha parecido. Yo creo que nos van á dar el Capitán general H.

Los madrileños, que no quieren entender de política y que se divierten á la buena de Dios, tienen los ojos puestos en el conde de Xiquena, esperando ver qué resolución toma para hacer los teatros incombustibles. Buena debe ser, según lo mucho que la medita. Lo triste sería que mientras el Conde sigue abismado en sus meditaciones, saliéramos el día menos pensado, digo, la noche menos pensada, con que se había inflamado uno de nuestros coliseos, y convertido en sartén nos diera el espectáculo nuevo de unos cuantos centenares de ciudadanos fritos.

Por lo que pueda tronar, hay muchas gentes que se privan de ir al teatro, y yo conozco algunos hombres previos que se han mandado hacer trajes de amianto, y escalandras para poder respirar dentro del fuego.

En embargo, el conde de Xiquena, no hay que dudarlo, vela por los intereses del público y á la vez por los del arte. Ya ha pasado varias comunicaciones á la Diputación provincial recomendándole la urgencia de pintar los muros de la plaza de toros, de manera que no desluzga de su estilo arquitectónico. Porque si llega la temporada de las corridas y no se ha hecho esta reforma... ¡consideren VV. lo que dirán los toros al aperebirse de que los van á matar en una plaza cuya pintura no corresponde al orden arquitectónico de su construcción!

Pero volvamos á la plaza de toros y vamos á otro asunto de más actualidad. Si á VV. les parece, daremos una vuelta por los teatros de Madrid. A esta hora no hay peligro: ni siquiera nos asaltarán los revendedores, para estorbarnos el paso por la acera, y tirarnos del faldón de la levita con su habitual urbanidad.

El Teatro Real parece que va cobrando bríos; en la última semana ha dado función casi todas las noches; pero la única novedad que nos ha presentado ha sido la *Factorita*, que no es mucha novedad. Parece que es bastante osadía la de presentar en Madrid una *Factorita* que no vaya acompañada de Gayarre: lo es ciertamente; pero como la fortuna es de los audaces, la aventura no ha salido mal, y el Sr. Lestellier ha encontrado gracia ante el severo tribunal del Paraiso. El *Miradito*, ópera inédita del Sr. Serrano, cuyo estreno se viene anunciando hace dos años, comparecerá al fin á la presencia del público un día de estos. Quiera Dios que al Sr. Serrano no le jueguen una partida serrana.

El Teatro Español ha empezado el año con mala suerte: para no tenerla buena en estos tiempos le basta llamarse español. La primera de sus catástrofes ocurrió en el último día de la semana pasada. La supuesta comedia era un atentado en tres actos, de esos que merecen que descargue sobre ellos todo el rigor de las leyes. Titulábase *El Garbanzo negro*, y negra habría sido la noche para su autor, si se hubiera encontrado en Madrid.

Para que se formen VV. una idea ó idea y media de lo detestable que será la cosa, bastará decirles que los nacidos no recuerden haber visto en el teatro obra tan mala! Y ¡cuidado si es mucho decir! ¡Cuidado si se habrán visto comedias malas en estos calamitosos tiempos en que han llegado á representarse obras hasta de Canete y Catalina!

Pues, todavía *El garbanzo negro* es peor que si se hubieran juntado para escribirlo estas tres Cas: Canete, Catalina y Cavestani.

Malas lenguas dicen que el tal garbanzo nos le querían hacer pasar por rubí. Cál... Aunque se hubieran empeñado todos los duques de la tierra, y todos los mariscales conocidos y por descubrir, desde Mac-Mahon hasta Serrano y Domínguez.

Medio repuesto de este doloroso golpe el teatro que hemos convenido en llamar clásico, quiso volver por su honor, y estrenó hace dos ó tres noches *La realidad del honor*; drama de mi amigo Manolo Valcarcel. La obra, si he de decir la verdad, es algo flojita y no es precisamente la realidad del honor, aunque á su autor le hace honor en realidad. Pero comparada con el supradicho garbanzo, y con otras cosas que se están en estos tiempos de rubis, finas y Larras, (por partida doble) puede pasar muy bien. Al menos el público la dejó pasar y llamó á la escena al autor.

No me pregunten VV. por la *Zarzuela*, háganme VV. ese favor; no quiero hablar de ese teatro que en lo que va de temporada (tres meses nada más) ni una sola obra nueva nos ha presentado. Ahora está pasando revista á toda la familia del capitán Grant, después de haberla pasado á todo el repertorio de las zarzuelas viejas. Usted nos falta, señor de Arderius; eso no es de buenos empresarios.

Nota: Dicen que esta noche se estrenará, al fin, una zarzuela nueva? No podré hablar de ella hasta la semana próxima; pero conste que es la primera novedad que nos ofrece el Sr. Arderius: sólo falta que luego resulte mala.

En la Comedia, nada: sigue la empresa calzándose los guantes del cocher, y está me parece excesiva sordidez. Aunque los tales guantes fueran de buena cabritilla, en diez ó doce puestas que llevan, deben estar ya un poco fandas, y por lo menos necesitarán que los lleven á casa del quitamanchas. ¡Ah! entiéndase si los tales guantes no tienen olor, porque si lo tienen no los recibirán. El anuncio de esas cosas dice: «Se limpian guantes sin olor» de manera que si tienen olor no podrán limpiarlos, ni querrán recibirlos.

Otro estreno de la semana: en el teatro Martín se representó anteanoche, una novela de Javier de Montepín. ¡Se chocará á VV. esto de que se represente una novela? Pues no deben extrañarse de nada en estos tiempos. El día menos pensado van VV. á ver representada *La Eneida* de Virgilio.

Digo, pues, que la novela de Montepín se ha presentado en escena en el honesto traje de melodrama, es seis actos y once cuadros, bajo el pseudónimo *Los Canallas de lerita*. Lo puso en castellano para uso del teatro Martín un Sr. Rincon, á quien no tengo el gusto de conocer. Los habituales concurrentes á aquel clásico coliseo, viendo que se trataba de seis actos y once cuadros, se llevaron la cena en el bolsillo. Como las cosas sigan así, tiempo llegará en que al teatro tengamos que llevarnos también la cama.

El Salón-Balava no sabemos si estará hecho á prueba de incendios, pero si nos consta que está hecho á prueba de silbas. Monumental fué la que se llevó hace poca, noches con una quisicosa que se llamaba *La cuestión del día*, pero fué cuestión de un abrir y cerrar de ojos; porque el público no la dejó concluir, y armó una marimorena de las que sabe armar aquel público distinguido y culto.

No, y la verdad es que tenía razón. Pero, caballeros, he charlado ya más de lo que debía: hasta otra; mis queridos lectores.

BAMBALINA

## EL CESANTE

SAINETE DE FAMILIA

EN UNA ESCENA Y EN UNA CASA CUALQUIERA DE MADRID

ESCENA ÚNICA

Pocos muebles, pero sucios.—Una puerta descenjurada, al foro; á la izquierda un candelero sin vela, una silla de montar y una bata de señora.—Colgada del techo, la jaula de un loro muerto de inanición.—Al alzar el telón aparecen: El. (que es el marido); Billa, que dice que es su mujer; Niños 1.º, 2.º, 3.º, 4.º y 5.º que, según Billa, son hijos de El.—Un perro de lunas saliendo en un rincón el tacón de una bata vieja.—Es de día, aunque no lo parece.

El. ....—Está visto: este Gobierno es el mismo Lucifer...

¡Dos años ya de reemplazo!

Billa ....—Dos años y medio más!

El. ....—¡Ah! si yo fuera soltero!

Billa ....—Acaso yo te busqué?

El. ....—Cállate, Inés, y no me busques, porque estoy lleno de hiel!

Mira que agarró una silla...

(Mirando al rededor)

es decir, silla, no!

Billa ....— Bien!

La culpa de estar así es sólo tuya...

El. ....— Por qué?

Billa ....—Tu compañero Abejorro ha subido á coronel, y tú que eres más antiguo

El. ....—(Retorciéndose el mostacho.) Y más valiente también...

Billa ....—Eres capitán... ¡pasivo!

El. ....—No me acalores, Inés.

Billa ....—Eres un hombre sin chiapa...

El. ....—Y cómo la he de tener, si no llevo en el bolsillo para tomar un cok-tel?

Billa ....—Si esto sigue así, Martínez, tomo rumbo á Leganes, y allí junto á mi mamá tendré al menos qué comer!

El. ....—Tu mamá, valiente harpía!

Billa ....—Martínez! respetame.

El. ....—Cállate pronto, bachelera!

Billa ....—Cállate, bestia de cuartel!

El. ....—Es usted, señora... un bicho!

Billa ....—Y un animalote usted!

El. ....—Usted me tiene arruinado!

Billa ....—Pues á mí me va muy bien!

El. ....—Serrana imbécil!

Billa ....—Salvaje!

Niño 1.º.—Mamita, pan!

Niño 2.º.— Un paté!

Niño 3.º.—Jí, jí, jí!

Niño 4.º.—Já, já, já, já!

Niño 1.º.—Tengo hambre!

Niño 2.º.—Tengo sed!

PERRO....—Guau!

Billa ....—Holofernes, Neron!

El. ....—No me hable usted en francés!

Billa ....—Desde aquí me voy á casa

De un tío que tengo, juez...

El. ....—Yá! el que te arregla tus pleitos sin un pliego de papel.

Billa ....—Usted me calumnia, infame!

El. ....—Señora! que voy á hacer una de populo bárbaro!

Billa ....—Lo de bárbaro, lo sé!

El. ....—Coqueta!

Billa ....—Pílo!

El. ....—Chismosa!

Billa ....—Vago!

El. ....—Ridícula!

Billa ....—Infel!

Niño 1.º.—Pan, mamita!

Niño 2.º.— Mi bariga!

El. ....—Aquí acabó mi mujer.

(El toma desesperadamente la silla de montar: la levanta en actitud despachurante y de una de las pistoleras cae un revólver... descargado.)

El. ....—Qué es esto? Ya! mi revólver!

Billa ....—No vaciles... matame!

El. ....—(Meditando.)

Cinco meses que lo busco y no puedo dar con él!

Niño 3.º.—Pan, mamita, que me muera!

Niño 5.º.—Agua! papá! tengo sed!

El. ....—(Abstraido, mirando el revólver.)

Darán por él seis pesetas!

Justo! limpiándolo bien!

(Billa adirindola las profundas meditaciones de Martínez.)

Cerca hay dos casas de préstamo.

El. ....—Si; muy cerca... esperame!

Billa ....—Nos traerás mantecaditas?

El. ....—Pues ya lo creo! Y Jerez

Billa ....—No te distraigas, Martínez!

El. ....—En seguida he de volver.

Billa ....—Iremos á los Fantoches mañana?

El. ....—Te llevaré.

Billa ....—Averigua si trabaja el domingo, el hombre-pe!

y pelillos á la mar!

No es cierto, mi alma?

El. ....— Así es.

(Martínez sale.—Los chiquillos palmotean; el perro arrincona la botina vieja y Billa entona una petenera desfigurada. Caen el telón.)

ELOY P. BUXÓ.



## POLÍTICA DEL HAMBRE

(MEMORIAS DE UN FUSIONISTA)

POR

LUCRECIO MÉSTON

## CAPÍTULO PRIMERO

CÓMO Y DÓNDE NACÍ EL FUTURO FUSIONISTA

(Continuación.)

En cuanto a ayudar a la misa al señor Cura, ya sabía casi la mitad de mi obligación. Sabía colocar las vinageras en su lugar, encender las velas y repicar la campanilla cuando lo marca el ritual.

Había hecho notables adelantos en el manejo del sagrado culto, pero a mi padre se le metió en la cabeza la idea de que no quería dedicarme a las ciencias eclesiásticas, me quitó la vocación de monaguillo y no pasé de los primeros rudimentos.

Para más altas empresas me reservaba la suerte, y si bien comprendo que yo habría hecho un buen sacristán en Caraceniña, no estoy pesadoso de que la fortuna me haya empujado hacia otros rumbos en que mi genio pueda brillar con un esplendor que honre más a la patria en que nací.

Los grandes hombres no han nacido para consumir sus talentos en una sacristía.

## CAPÍTULO II

DETALLES INTERESANTES SOBRE LA INFANCIA DE ESTE PERRO

Mis inclinaciones y mis instintos me apartaban, en efecto, de la Iglesia, y parece que pedían a mi genio una esfera mucho más espaciosa en que moverse.

La política había empezado a desarrollarse ante mis ojos sus variados panoramas. La guerra civil había terminado con el vencimiento y sumisión de los carlistas, antes de que yo tuviera uso de razón, pero después vinieron otras peripecias políticas que debían ejercer más influencia en mi porvenir.

Todo el que me lea debe saber, por poco versado que esté en la historia patria, que en 1843 fueron destronados los progresistas, cuyo ídolo era el general Espartero, despojado por una sublevación casi general de la regencia del Reino. Los efectos de aquel cambio de decoración se dejaron sentir hasta en los pueblos más pequeños, y claro es que habían de llegar hasta Caraceniña. Los quince milicianos nacionales tuvieron que entregar sus quince fusiles a una partida de tropa que se presentó a desarmarlos.

No se vaya por esto a poner en duda el heroísmo de aquellos valientes. Cuando se supo que venía sobre Caraceniña el ejército invasor lo formaban ocho soldados a las órdenes de un cabo primero, mi padre, como jefe de la milicia ciudadana, reunió a sus camaradas al redoble belicoso del tambor, les pintó la situación tal como se presentaba y se deliberó seriamente si debía oponerse resistencia al ejército invasor que se aproximaba, antes de capitular vergonzosamente ante la superioridad numérica. Ignorábase el número de fuerzas que venía sobre Caraceniña.

Mi padre proponía a sus subordinados que la población se pusiera en estado de defensa. Las bocas de calle que daban al campo estaban cerradas con paredes de tierra de ocho pies de altura. La torre de la Iglesia, que era de ladrillo, podía servir de fortaleza, y Caraceniña podía presentar una resistencia heroica, y hasta emular las glorias de Numancia.

Verdad es que no tenía fosos, ni fuertes avanzados, ni más murallas que las que le dicho, ni segundo recinto, ni artillería ni otras condiciones para sufrir un prolongado asedio, porque el agua había que ir a buscarla fuera de la población. Pero, según decía mi padre, la fortaleza de los pechos caraceniñanos podía suplir todas estas desventajas, y los valerosos defensores de la plaza podían vender caras sus vidas.

El alcalde casi estaba ya convencido por la hélica elocuencia de mi padre, y los milicianos se rascaban suavemente la oreja, como demostrando que no estaban muy lejos de acceder, con tal de figurar en las edades venideras en el libro de oro en que la patria escribe los nombres de sus héroes.

Pero sobrevino cuando estaban en lo más recio de la deliberación el señor cura, que había tenido conocimiento por mi abuelo de lo que se proyectaba, y expuso tales razones a aquellos valerosos guerreros, les puso delante de los ojos la temeridad de su desesperado propósito, hizo tales llamamientos a sus corazones de padres y esposos, que la mayor parte de ellos sintieron templarse su ardor belicoso y declinaron que estaban por la capitulación.

Y viendo que la mayor parte de sus soldados flojeaban, mi padre renunció con sentimiento a la noble idea de que el nombre de Caraceniña figurara en adelante en la misma página en que España tiene escritos los de Numancia y Sagunto.

Dejaronse los quince fusiles arrimados a la pared de la casa Ayuntamiento para que los soldados del opresor que iban a llegar no tuvieran más trabajo que tomarlos y llevarlos, sin ver el noble semblante de sus prudentes adversarios, y cada cual se fue a su casa o a donde le llamaban sus necesidades, sin volverse a acordar de que Caraceniña quedaba desarmada e indefensa a merced de sus opresores.

La dictadura militar del cabo de infantería que entró al frente de las fuerzas invasoras, fué muy breve, pero dejó profundo surco en las instituciones políticas de Caraceniña. Resolvió los quince fusiles de aquellos veteranos, que muy de lejos habían visto las hazañas de los carlistas; destituyó al alcalde progresista y a los cuatro concejales que le seguían, nombró para sustituirlos a los vecinos que usaban por moderados, entre ellos a mi abuelo el sacristán, y lo más triste del caso es que después también a mi padre de los cargos de secretario del Ayuntamiento y recaudador de contribuciones, dejándole reducido a la humilde condición de barbero y maestro de escuela.

Las leyes del vencedor siempre son duras y despóticas. El ejército invasor ocupó la plaza, a tan poca costa conquistada, dos días, después de haber hecho en ella su entrada, no sin haber sacrificado antes, para festejar su fácil victoria, unas cuantas gallinas y hasta una docena de conejos que tuvieron la imprudencia de dejarse ver a los codiciosos ojos de la soldadesca.

El secretario que había sido nombrado en sustitución de mi padre en esta raza despiadada de funcionarios públi-

cos, era, sin duda, muy afecto a las nuevas instituciones; pero no sabía escribir de corrido, pues toda su habilidad se reducía a psicotar su nombre en el papel a manera de firma, y como además no entendía una palabra de cuentas, el nuevo Ayuntamiento pensó que la administración del pueblo no podía seguir confiada a manos tan indolentes.

Entonces mi abuelo, que ejercía cierto ascendiente sobre sus compañeros, propuso que se repusiera a mi padre en el cargo de que había sido destituido por desafecto al orden político que dominaba, y aunque algo a regañadientes, el nuevo alcalde y sus concejales se rindieron a la ley de la necesidad, y mi padre fue rehabilitado en el empleo de secretario.

Conste, sin embargo, que lo aceptó por puro patriotismo y sacrificándose en aras del interés común, y solo después de reiterados ruegos.

Me importa que en este punto pase inmemorial su nombre a la posteridad. Era un progresista tan consecuente como el que más.

Si yo hago mérito de estas cosas, no es por envanecerme, sino para que puedan apreciarse mejor las circunstancias que me rodeaban en los primeros tiempos de mi infancia, cuando yo estaba próximo a vislumbrar los primeros rayos de la razón.

Además, para conocer bien a un personaje, conviene también conocer a sus progenitores.

Oyendo hablar de política, de moderados y de progresistas de tiranía y de libertad, en los frecuentes altercados medio amistosos que solían sostener mi padre y mi abuelo el sacristán, con intervención de mi madre, recibí las primeras impresiones de aquella ciencia que más adelante había de ser objeto predilecto de mi estudio.

Por lo demás, en mi educación literaria, no dejaba de hacer adelantos; a los nueve años casi sabía leer, y el catón y el Fleury me eran familiares; a los diez ya trazaba palotes en el papel pautado, y algunas cosas del catecismo no me eran desconocidas.

La noble facultad de pensar, que nos hace casi semejantes a Dios, empezaba por esta época a rebullir en mi cerebro, aunque perezosamente.

Ahora mismo, siento cierta complacencia en recordar los primeros destellos de mi razón, que, al poco más o menos, discurría así en aquella dichosa edad:

—¿Qué mal intencionado y que testarudo es mi padre! ¿Qué interés tiene él en que yo descifre esos garabatos negros que alguien se ha entretenido en hacer en las hojas blancas de los libros? ¿Qué me importa a mí leer eso que llaman letras, ni qué voy ganando con repetir lo que mi padre dice que quieren decir? De seguro que fueron hombres de muy mala entraña los que inventaron estas cosas para tormento de los niños.

—Si no hubiera carteles, ni cartillas, ni silabario, ni libros, ni catecismo, ni otras zarandajas odiosas, ni se hubieran inventado los tinteros, las plumas ni el papel rayado, los niños seríamos felices, verdaderamente felices. Porque claro es que no habría escuelas, y no se nos obligaría a pasar las mejores horas del día clavados en esos picaratos bancos de madera con los ojos fijos en esas horribles figuras negras alineadas como soldados que nunca se acaban, porque al volver la hoja de un libro, se encuentra uno con tantas hileras como ha dejado en la otra.

—No sería mucho mejor que nos dejaran en libertad de salir al campo a buscar grillos, a registrar las malezas y los terrones, en busca de nidos de pájaros, o a revolcarlos en la verde yerba? En lugar de leer esos malditos libros que nada nos importan, y en lugar de hacer palotes en el papel, este podría servirnos para hacer cometas, arrojándolas con cañas delgadas, y colgándoles una cola muy larga, que podría hacerse con las hojas del Fleury y del catón. Y empleando en brumante el dinero que se emplea en plumas y en tinta, echáramos a volar nuestras cometas en los orillas del pueblo, y pasaríamos las horas más agradables que cabe imaginar.

—¿No conoceran los padres que esos pasatiempos serían más convenientes y más provechosos a los niños, que el pasar las horas encerrados en la escuela, entregados a la fastidiosa ocupación de deletrear a duras penas lo que dicen esos endemoniados libros que Dios confunda?

—Cuando yo sea hombre, que alguna vez llegará, yo procuraré librar a los pobres niños de esas tiranías, y cuantos libros y papeles lleguen a mi mano, los condenaré a arder en la chumenea. Y si por acaso llego a ser alcalde y a mandar en el pueblo, lo primero que he de hacer ha de ser mandar demoler la escuela hasta los cimientos, sin dejar piedra sobre piedra. ¡Y más que rabie mi padre!

Por esta ligera muestra de los primeros destellos de mi razón, puede verse en conocimiento de mi extraordinaria precocidad y del vuelo elevadísimo que desde luego tomaban mis pensamientos.

Lo que en las precedentes reflexiones proyectaba yo de una manera embrionaria, era nada menos que la emancipación del niño holgazán, la abolición de las escuelas de primeras y segundas letras, y la persecución sistemática y rencorosa de los libros.

¡Ah! Si en aquella época me hubieran nombrado fiscal de imprenta! ¡Desdichados periodistas y desdichados impresores!

(Continuará.)



LOS MAMARRACHOS POLÍTICOS

## II

## CHUPA-TORCIDAS

Nació en el mismo pueblo que don Venancio, fué joven, cosa que nadie creía al ver su rostro, y debió el ser a Roque Terrones y a Domingo Canizo, alias La Lagarta.

El nombre de Adrian es su verdadero nombre, pero en el lugar de su naturaleza nadie le llamaba más que Chupa-torcidas.

Por qué semejante mote?

Vamos a decirlo: Adrian era monaguillo, y muy aficionado a mojar el pan de su merienda en el aceite de las lámparas. Además de esta y otras golosinas, que le valieron el sobrenombre referido, los recortes de las hostias le sabían a gloria.

No así los pescoceros que solía prodigarle el señor Cura, que, a decir verdad, tenía un genio atroz.

Cansado de recibir cachetes el pobre Chupa-torcidas, un día de madrugada emprendió el camino, y, sin decir adiós, ni aun a sus padres, se encamó en la corte.

Por aquel tiempo, no había en Madrid ni rey ni Roque: era el período más caluroso de la Revolución, y, como dijo el poeta, ¡nadie cuenta!

Mal le fué por entonces a Chupa-torcidas, en la villa del oso.

Pero, al cabo, merced a su travesura, obtuvo un puesto de plegador en la redacción de *El Perro rabioso*, periódico de gran fama en aquella época memorable.

A fuerza de adulaciones, Adrian llegó a hacerse simpático al redactor en jefe del periódico, que era un hombre muy de bien.

Un día Chupa-torcidas, que también tenía sus ribetes de escritor, confeccionó, en un momento de inspiración, un artículo *sin fondo*, el cual, entre otras cosas, contenía los siguientes párrafos:

«Muerte a los tiranos! ¡Derribemos para edificar de nuevo! Nuestros principios son, pulverizar todo lo existente, y nuestros postres alzar el pendón de la libertad, sin trabas de ningún género. Tenemos hambre y sed de justicia.

«Madrid es una sentina de vicios y de crímenes, y es menester arruinarla como lo fueron las ciudades prevaricadoras de Sodomía y Gomorra! ¡Fuego en los sodomitas, y apaso a los bárbaros del Norte! ¡Nosotros somos bárbaros!

«Guerra al municipio, cuyos individuos raros veces se reúnen en número suficiente para poder celebrar sesión! ¡Guerra a los que están a la Hacienda pública, ocultando sus riquezas, y guerra al clero! (Chupa-torcidas recordaba en aquel momento los tirones de orejas.

«Hagamos un menú, ó menudó, con los siguientes platos: Sopa a la tortuga, con sesos de ministro; arzobispo a las finas hierbas; solomillo de capitán general; riñones saltados de prestamistas, empicados de todos calibres, cañerías, y otros insectos; lomo de panecistas, y de cerdo, que viene a ser lo mismo, y entremeses de recién nacidos, a la parrilla.

«En vez de vino, beberemos sangre de retrógrados.»

Estas, y otras sandeces por el estilo, publicadas en *El Perro rabioso*, dieron gran celebridad a Chupa-torcidas.

Pero pasaron aquellos tiempos, y con ellos dejaron de estar de moda los demagogos, y entonces Adrian cambió el gorro colorado por un reluciente sombrero de copa, de los de siete pisos y guardilla.

Valiéndose de no se qué medios, consiguió allegarse algunos duros, y se restauró desde los pies a la cabeza. Ya restaurado, y alegando mil y mil razones, gritó con voz de trueno:

Para que cambie nuestra aciaga suerte, restauración, ¡Restauración, ó muerte!

Y vino la restauración, y como Chupa-torcidas había gritado tanto, le dieron no sé qué puesto en la mesa del festín que sufragan los paganos, vulgo contribuyentes.

¡Qué bonancibles tiempos aquellos para Adrian! Ha hecho un caballero, a juzgar por el traje, y comía diariamente! Comer!... ¡Comer! tanto, que se tragó no sé qué legajos importantes, a causa de lo cual fué necesario echarlo a la calle!

Pero, ¡no se angustien mis lectores! ¡Chupa-torcidas! digo Chupa-torcidas, no tardó en estar nuevamente en candela, y entonces ocupó un puesto de mayor importancia.

No le diré, lector curioso, si fué jefe de sección, gobernador, ó concejal. Dilete únicamente, que su destino era de grandes rendimientos, y que estaba apoyado por una mujer bonita, amiga íntima de cierto prohombre... A ver: ¿no hay por ahí una mujer bonita que quiera interesarse en favor mío?

Porque en este país clásico de los garbanzos y de los compadres: país en que a fuer de caballeros atendemos tanto a las damas, para obtener algo de importancia no hay como soltarle una buena moza a la persona en cuyas manos está nuestro destino: es probado.

Chupa-torcidas quiso ser algo más en el mundo. La ambición le cogaba, y era audaz: ya se sabe que la fortuna ayuda a los audaces, y en aquella ocasión ayudó también a Chupa-torcidas. Este llegó a ser hombre de tanta importancia, que le consultaban tiros y trojanos, y además de esto mandaba en jefe un *grapeito* político, llamado los *Fantoches*, lo mismo que los artistas que ahora entretienen al público en el teatro de Novedades.

No se había acordado Adrian de sus padres ni de los amigos de su niñez: había renegado de ellos, porque se avergonzaba de su humilde origen.

Un día, en ocasión en que estaba pronunciando un discurso de café, en el ítem de la Iberia; discurso que escuchaban con la boca abierta varios aspirantes a políticos, *El tio Mantecas*, campanero jurado de su pueblo, se acercó a él paso a paso, y le tocó en el hombro.

Volvióse rápidamente Adrian, y *El tio Mantecas* le dijo: —¡Hombre! ¡Has echado buen pelo!... Al pronto no te había conocido. ¿Quién había de decir que eres aquel mismo Chupa-torcidas que se bebía el aceite de la iglesia!... Que sea enhorabuena, chiquito...

Ronco de cólera, y con los ojos inyectados de sangre, Adrian se quedó mirando a su paisano: si sus ojos hubieran tenido el poder de un fusil, es seguro que *El tio Mantecas* hubiera quedado allí mismo muerto de un tiro. Mas como carecían de semejante cualidad, Adrian se contentó con decir atropelladamente:

—No sé quien es usted... Sin duda este hombre está borracho.

—¡Borracho!... repitió el paleto, que no era lardo. —Te conozco, bacalado, aunque vienes disfrazado!... ¿Sin duda, has creído, chiquito, que venía a pedirte algo?... No, hombre, no: me ha caído la lotería, y vengo a Madrid a cobrar el premio. Voy a marelarine, pero antes te diré, que tu madre La Lagarta, ha muerto de un atracón de migas con chorizo.

Al oír esto, Chupa-torcidas salió disparado del café: la cólera y la vergüenza, no el dolor filial, le ahogaban. Desde entonces evitó el entrar en los cafés, y va siempre en coche.

—¿En coche?... preguntarán ustedes. Pues *velay*, como dicen en Valladolid.

No tan solo tiene coche el buen Adrian, sino que es un personaje de tantas empanillas, que para hablar de él, es necesario enjuagarse antes la boca con agua de rosas y vinagrillo de los siete ladrones. (No hay en esto la menor alusión personal: conste.)

Imposible me es terminar la historia de Chupa-torcidas, por la sencilla razón de que el tal señor vive y bebe, y creo que aún ha de dar muchos días de gloria a la patria.

ANTONIO DE SAN MARTÍN.



# LA BROMA (Suplemento al jueves)



*-Entrés político - Saltó y vino.....*

Ayuntamiento de Madrid



## EN EL TRANVIA DE MADRID

Era una noche de Enero, fría y lluviosa; el viento huracanado envolvía las faldas de las mujeres y las capas de los hombres, llevándose algún sombrero, tras del que tenía que correr su dueño, alcanzándolo á duras penas, mojado y lleno de lodo; la lluvia caía á torrentes; dieron las once en el reloj de la Puerta del Sol; no se veía ni un coche; los vendedores de periódicos amparados en las puertas de los cafés; algún transeúnte corriendo, y un grupo de personas de ambos sexos junto á una farola, queriendo cubrirse con sus paraguas, sin conseguirlo, porque el viento los volvía ó los rompía; caladas de agua y inertas de frío aquellas gentes esperaban el tranvía, para ir al barrio de Salamanca. En París hay kioscos, donde en casos tales esperan los pasajeros la llegada de los coches; aquí no hay esas tonterías; se espera al aire libre, y pulmonía más ó menos, qué más da!

Los minutos de tan perjudicial espera parecían siglos; al fin llegó el coche y aquí fué Troya! Como esperaban más personas que las que caben, se tomó por asalto por los más fuertes; hubo apreturas; señoras lastimadas; voces y disputas, y gracias que aquella noche no hubiera algún reloj que cambiara de dueño: se puso la tablilla que decía *Completos*, y quedaron algunas y algunos desesperados, teniendo que aguardar otros nueve ó diez minutos, aguardando la lluvia, el viento y los horrores de tan terrible noche. Más les hubiera valido ir á pie hasta sus casas.

Dentro del coche tomaron asiento diez caballeros y seis señoras; y como era imposible estar en las plataformas por el viento y la lluvia, se apilaron dentro y de pie los que debían ir en ellas. El coche echó á andar; á poco una señora gruesa, como de unos cincuenta años, exclamó:

—Pero, qué es esto? Yo me estoy mojando! Este coche se llueve!

—Y á mí me está cayendo un chorro de agua como si estuviera bajo una canal, dijo un caballero que estaba en frente!

—Esto es feroz, añadió un pollo larguirucho con pretensiones de elegante; lo mismo es estar aquí que en medio de la calle! Bien podía la empresa componer estos coches y no ponerlos así al servicio!

—Para composturas está la empresa! dijo el cobrador. Si la miseria de cinco ó seis mil reales diarios que tiene de utilidad se la gastara en composturas, buen negocio haría! El coche se para.

—Qué sucede? pregunta un caballero anciano.

—No es nada!

Se oyen votos y maldiciones del conductor, capaces de hacer erizar el cabello al más despreocupado: cruge la fusta, pero el coche no se mueve.

—Pues algo pasará!—dijo la mamá de dos señoritas muy guapas y muy remojadas, primero por la espera y luego por las goteras del coche.

—Es que el ganado es nuevo, y como todavía no está acostumbrado al tiro, cuando le parece no quiere andar.

—Hombre, eso está bueno! dijo un señor gordo con la nariz como una remolacha; con que ponen los caballos á que se adiestren fastidiando á los viajeros!... Esto es un absurdo!

Por fin, después de muchos latigazos, maldiciones y blasfemias, consiguió el conductor que los caballos siguieran su marcha. Como era consiguiente, por el viento y la lluvia, todas las ventanas del coche iban cerradas; diez y nueve viajeros fumaban; la atmósfera impregnada del humo era intolerable, dificultaba la respiración; la señora gruesa empezó á toser de una manera lastimosa; en el extranjero no se permite fumar dentro de los carruajes públicos, pero en España se fuma en todas partes; somos muy galantes con las señoras, pero nuestra galantería no llega al punto de privarnos de fumar diez minutos por no molestarlas.

La pobre señora, tosía cada vez más; se ahogaba! Un señor, que á su lado fumaba una tabacurina capaz de asfixiar á un elefante, la dijo:—Señora, veo que el humo de los cigarrillos le molesta; yo apagaré el mío; pero como los demás seguirán fumando, no se conseguirá nada; y siguió chupando su conacero; los demás se hacían los sordos: ya tosía también una de las señoritas; la atmósfera se iba poniendo cada vez más cargada; el cobrador empezó á dar los billetes con su chicle en la boca: á la señora gorda, colorada como un pimiento idem por los esfuerzos de la tos, parecía que le iba á dar una congestión; desesperada, bajó el cristal de su lado, y sacó la cabeza arrojando la lluvia y el aire, á riesgo de coger una pulmonía. Un fumador que estaba en frente exclamó:

—Señora! suba V. ese cristal! No se puede resistir este aire!

—Ni yo el humo de su cigarro! Y como no quiero asfixiarme, prefiero coger un catarro.

—Si V. lo prefiere, yo no! Vaya! Si es V. tan delicada tome coche para ir sola!...

—Si lo hubiera habido en la Puerta de Sol no vendría aquí!

—Baje V. ese cristal!

—No me dá la gana!

—A ver! Cobrador! Diga V. á esa señora que baje el cristal! Pues está buena la noche!

—Yo no puedo respirar con este humo!

—El humo le molesta á V. sola, y el aire nos molesta á todos! Da un estornudo. Ye V., ya me he resfriado!

La mamá de las señoritas—El humo no molestará á los hombres, pero á nosotras sí! Mi hijo también está tosiendo porque aquí no se puede respirar!...

—El coche paró.—¡Cibele! dijo el cobrador.

—¡Gracias á Dios! dijo la señora abriendo la portezuela delantera para bajarse: uno de los que iban de pie ocupó su asiento.

—No hay asiento, decía el cobrador á tres señoras que subían.

—No importa! Iremos de pie.

—Es que no puede subir más que una: está completo!

—Pues con esta lluvia ya no nos bajamos.

—Se bajarán ustedes! yo no voy á pagar una multa por su causa!

—Si la echan la pagaré yo! Pero no nos bajamos.

Insistía el cobrador en que se bajaran; pero intervinieron algunos de los pasajeros, haciéndole ver que con tan terrible noche no se podía dejar á aquellas señoras á pie.

Ellas entraron y se sentaron en los asientos que las cedieron.

El cobrador gruñendo tocó el timbre.

El coche siguió á poco se oyó el pito del conductor; un coche de plaza iba delante por la vía muy despacio; los pi-

tidos se repetían, pero el amigo no hacía caso, y sólo cuando tuvo que pararse el tranvía se apartó.

Frecuentemente sucede lo mismo con cocheros, carreteros y boyeros; van por la vía con sus vehículos, y oyen el pito, y siguen impasibles hasta que el tranvía les va encima y entonces se apartan con mucha calma.

Prosiguió la marcha interrumpida por este incidente; al llegar á la calle de Serrano, una violenta ráfaga de aire entró por la puerta trasera, y con ella la lluvia que rociaba á los que iban dentro; un señor que estaba sentado junto á la puerta, la cerró; el cobrador la abrió con aire de taco diciendo:

—Esta puerta no se cierra!

—Pues yo creo que entrando el viento y la lluvia no se hace perjuicio á nadie con cerrar.

—Yo necesito esta puerta abierta!

—Si V. vá en la plataforma, tanto le dá que esté abierta como cerrada.

—Pues no se cierra!

—Por qué?

—Porque yo tengo esa orden de la empresa.

—Pues la empresa es tan estúpida y tan grosera como usted! Con una noche como esta, debía salir de V. el carruaje para comodidad de los viajeros! la suerte que tiene usted es que me voy bajar ya... si no... pare V.

El coche paró; el viajero se bajó; y siguieron bajándose sucesivamente los demás, conforme iban llegando á sus casas, mojados por las goteras, molestados por el humo de tanto cigarro, y encantados con las atenciones que tiene la empresa con el público, poniendo coches que se llueven, caballos sin enseñar, conductores que hablan escandalosamente, y algunos cobradores que parecen reyes absolutos.

Estos son los tranvías que atropellan á los niños y consumen á los grandes; esta la plaga; esta la desaliñada puntura de lo que en ellos acontece.

1 + 6 =



Un católico de Zaragoza consagra los más dulces recuerdos al venerable difunto cardenal García Gil, á quien se debe el esplendor de la basílica del Pilar en Zaragoza: dice que en la valerosa ciudad de nuestros héroes contra la francesada, va á erigirse una estatua al cristianísimo prelado. Hasta aquí *lo más bueno chiquito* pero más adelante propone mi suscriptor que los santanderinos dediquen otra estatua á su obispo *Monseñor Calvo y Valero*, representándole vestido de gala, rodeado por *los las comodidades religiosas de sus parroquias* y aplastando al siglo XIX, que estará desafiando y quejumbroso. *Me parece mal lo de la estatua* y devuelvo al católico el *perro grande* que en forma de sello de correos me ha enviado para encabezar la suscripción.

Al Sr. de Calvo y Valero ya le han alzado un monumento los liberales santanderinos.

¡La guasa con que han tomado su tonante excomunión!



De una buena caria que *La Correspondencia* dirige al conde de Xiquena:

«Las concesiones de tranvías están hechas de un modo, al parecer legal.»

¡Zapito! pues eso es hablar de *chancullos*... al *gavocer*! ¿quienes serán los autores?

¿A que esos no parecen?



En Alguayre (Lérida) parece que hay un alcalde de procedencia frailesca, y un juez municipal ¡valiente juez! sargento de carcas. No contento el primero con apedrear y herir al profesor de párvulos, hace algunos días amenazó de muerte al secretario de aquel Ayuntamiento, sólo porque éste señor es de ideas liberales, y lee periódicos democráticos, (*La Broma*, entre ellos).

Aquellas famosas autoridades, según informes, han quedado en obligarle á recoger de sus ideas; y han conseguido que dicho señor publique algunos hechos que recomendamos al Gobernador de la provincia, si hay gobernadores en España.



El número primero, que al entrar en el quinto año de existencia acaba de publicarse, del periódico ilustrado *La Lira*, contiene un buen retrato de Víctor Hugo, un poema inédito de Ayala, y trabajos muy escogidos de distinguidos escritores.

Felicitemos al Sr. Veyra de Abreu, director y propietario de tan importante publicación, por la nota de impulso que ha dado á la misma.



Los delegados de Hacienda van echándolos de *mandones* á las provincias, y se presentan como superiores á los jefes políticos y gubernativos, armando cada belén que canta el credo.

Ná! Que Camacho se ha figurado que ha salvado al país... Y va encontrando buenos Sancho el Quijote de la Hacienda!



Con motivo de la publicación del retrato del obispo de Santander, nuestro agente en Castro-Urdiales ha sido intimado por el dueño de la casa ó tienda que ocupa, obligándole á no vender este periódico, so pena de ser despedido. Sobre el dueño cayó una nube de beatas, encabezadas por el párroco de aquella iglesia, y se armó tal baturrillo, que el atribulado agente se asustó, y nos ha dicho que... ¡vamos! que no puede *por ahora* expender *La Broma*.

Enviamos el periódico por números sueltos á los liberales de Castro, y aun de este, los regularizamos cierta *curiosa* biografía del obispo, que se va á publicar en esta corte, y que meterá tanta bulla como su morrocotuda excomunión.

Tú lo quisiste padre mostén...



Palabras del piadoso diario *El Siglo Futuro*:

«La enfermedad dominante de nuestro tiempo es la anemia moral, y ésta como la física, no se cura sino con *hierro*».

¿Con que queréis *hierro*, carcamudas?

¿Con que queréis otra guerra civil?

Pero no hace falta *hierro* para curar la anemia de estos tiempos: el *hierro* es caro.

Con cáñamo... basta.



¿Ha tenido V. el buen gusto de ver el número de *La Ilustración Española y Americana*? Que no? ¡Punible descuido! Ni que se llamara usted Venancio! Pues es un número excepcional, magnífico, espléndido, que honra por igual á la Empresa que lo edita y á la nación que tiene tan brillante publicación. Nada mejor se concibe, nada más esmerado, más fastuoso, más digno de un pueblo literario y antitufista. Qué dibujos! qué impresiones! qué texto! Nada, en esto de publicaciones me declaro *carlista* faribundo, *carago* que diría cierto periódico ministerial; *carlista*, digo, porque los Sres. de Carlos erigen en su patria un monumento á las bellas artes y á la civilización, digno por cierto de la edad de oro, ¡hey que estamos, en política y en otras cosas en plena edad de *perros chicos*!

¡Hurrah por *La Ilustración Española y Americana*!

## LA CARICATURA DE HOY

Sobre el tapete del juego. La sota (Cánovas) está solita; puesta. á su favor; ¡un ochavo moruno! Se ha doblado el caballo; primero salió mi general Sagunto, después su colega D. Malco de la Atrabili; el banquero anuncia el entrés; cae un cuatro, cae un dos; sigue el as de oros (*año Tercero*); aparece el *fosforito* Segismundo; el entrés saltó y vino... el caballo que está asomando para el porvenir. ¿Han entendido ustedes la jugada?

Pues hasta el jueves que les daré la GRAN BUNOLERIA POLÍTICA del siglo, en cinco colores.

DEMOCRITO

## CENTROS DE SUSCRIPCIONES Á ESTE PERIÓDICO

LIBRERÍAS: de Fernando Fé, *Carrera de San Jerónimo*, de Gaspar, *calle del Príncipe*.

SUCURSAL DE PUBLICACIONES

Mayor, 13, portal.

En todos estos centros se dan recibos *BROMÍSTICOS* que deben ustedes leer... por curiosidad.

## Á NUESTROS AGENTES

Con encarecimiento les rogamos, que al liquidar el primer trimestre (los que no lo han hecho hasta hoy) fijen claramente:

¿Cuántos ejemplares quieren del número ordinario de los jueves (edición en colores)?

Y ¿cuántos necesitan de cada SUPLEMENTO de domingo (edición como esta)?

No se reciben devoluciones de números sobrantes: lo que hace falta es... LO OTRO.



D. F. C. ALCOY.—Recibí 60 rs. su cénta; servido.—E. I. ALDRA-DAVILA.—Suscrito hasta fin Marzo.—P. C. ZARAGOZA.—Recibí 144 rs., todo anotado.—E. B. VALENCIA.—Servidos números atrasados: los billetes de rifas no los pagan sino en las Administraciones en que se expenden.—D. C. Lugo.—Enterado: tiene usted la *Exclusiva* en esa capital y su provincia.—P. B. TOLDO.—Se hará hasta nueva orden lo que usted pida.—A. C. PREGONAL DE LA SIERRA.—Anotadas las dos suscripciones por año: dignese contestar. C. J. CORONA.—8 pesetas 21 cénta. es el saldo hasta 31 Diciembre. C. C. VALENCIA.—Conteste y suscriba.—A. L. N. V. ZAMORA.—Ya es insostenible el abuso de correos: ¡han faltado dos paquetes seguidos! Y pague V. contribuciones, y timbre, y soporte usted tantas filtraciones. Ah! Gobierno, Gobierno! Recibí 20 rs.—L. G. SEGOVIA.—Recibí 60 rs.; no entiendo lo que dice usted respecto al Suplemento del Domingo.—M. M. V. POVAR.—Romita usted 28 rs., aunque sea en sellos de correo.—R. A. ALBACETE.—Pagado hasta fin Junio. J. R. B. CARLAJENA.—Servido el pedido y anotadas por él 4 pesetas 80 cénta.—M. J. LA CAROLINA.—Servido; gracias por su voto cariñoso; no hay miedo.—A. I. ORIHUELA.—Conformes, amigo mío, conformes! ¿Cuántos suplementos del Domingo?—J. C. M. Faro de VILLANUEVA Y GELTRÚ.—Suscrito hasta fin Marzo.—B. B. (Ala media).—SAN SEBASTIAN.—Suscrito hasta fin Marzo.—J. R. GRANADA.—Recibí 75 rs. anotados y modificado el pedido.—M. M. R. SANTANDER.—Recibí 75 rs.; van los números pedidos, menos el extraordinario que se agotó por completo.—M. J. JEREZ.—Recibí letra de 41 rs. (aun no la han pagado); servido en todo.—P. A. VALENCIA.—Aumentada romesa: por correo fin la cuenta del primer trimestre.—J. B. ALTEA.—Suscrito hasta 31 Marzo.—J. H. PORTMAN.—Se sirve la suscripción; y espero contestación.—A. G. VITORIA.—Servida media mano.—E. R. M. VIGO.—Fianco V. la *Exclusiva*—E. M. VALENCIA.—Servidos 10 ejemplares de los números publicados desde 1.º Enero.—W. J. C.—PREGONAL.—Suscrito y pagado.—R. L. A. SAN JUAN DE ALCARAZ.—Recibí 14 rs.; suscrito fin Marzo y servido.—R. B. CHIPIONA.—Servido.—J. de B. MADRID.—No hizo efecto la *guarasa*: aquí tenemos mucho oficio para los *que-dones*.—M. P. T. BARCELONA.—¿Por qué no se va V. con los *Nove-dales* á la cruzada de Roma?—L. L.—TAPIA.—Suscrito hasta 1.º Octubre.—J. A. TAPIA.—Id. hasta 31 Diciembre; recibí del Sr. L. 100 reales.—J. Y. PUENTE LA REINA.—Recibí valor suscripción hasta fin Marzo.

MADRID.—Imprenta de LA BROMA, Amnistía, 3.—1882.